

HOMILIA ADMISIÓN DE CANDIDATOS AL DIACONADO Y AL PRESBITERADO (21 de Diciembre de 2004)

La liturgia de estos días cercanos a la gran fiesta de la conmemoración del nacimiento de Cristo va creciendo en expectación y alegría. Damos gracias a Dios por la venida del Salvador y le pedimos que prepare nuestros corazones para recibirle. La Iglesia, nuevo Israel, salta de gozo, como la hija de Sión, ante Aquel que viene para llenar su vida de esperanza y para librarle de las ataduras del mal. En la Iglesia y en nosotros, que somos parte de ella, se cumple lo que había anunciado, como acabamos de escuchar, el profeta Sofonías: *“Alégrate y goza hija de Sión, grita de júbilo Israel, alégrate y goza de todo corazón, Jerusalén (...) No temas Sión (...) el Señor, en medio de ti es un guerrero que salva. Él se goza y se complace en ti, te ama y se alegra con júbilo como en día de fiesta” (Sof.3,14-18)*

Celebrar el nacimiento de Cristo es afirmar que esa venida, en carne que conmemoramos, sigue realizándose hoy en la Iglesia y en cada uno de nosotros, por el don del Espíritu Santo, cuando con docilidad escuchamos la voz de Dios y le seguimos con fidelidad. El Misterio de la encarnación va conduciendo hacia Cristo las realidades humanas, la creación se va transfigurando y todo adquiere un sentido que llena nuestra vida de esperanza.

Al gozo de estas fiestas que se avecinan se une hoy, en nuestra Iglesia particular de Getafe, el gozo de esta celebración en la que unos hermanos nuestros van a ser admitidos como candidatos al diaconado y al presbiterado.

Ellos, en un determinado momento de sus vidas, sintieron que Dios les llamaba para una especial vocación de servicio a sus hermanos en el ministerio sacerdotal. Y, ahora, después de varios años de formación y discernimiento en el seminario, la Iglesia, en la persona del Obispo, confirma esta llamada y los considera idóneos para prepararse, ya de una manera inmediata, para el diaconado y el presbiterado

Hay signos que nos indican con mucha claridad la presencia del Espíritu y nos dicen que, en ellos, Dios está manifestando su voluntad. Estos signos aparecen de una forma o de otra en las cartas que me habéis dirigido pidiéndome ser admitidos al sacramento del orden.

En primer lugar está el signo de la **alegría**. Cuando Dios habla y pide algo, aunque sea difícil y, como en el caso vuestro, muy diferente al camino común de la mayor parte de la gente, siempre lo hace llenando de alegría el corazón. Es una alegría muy especial, que produce una gran paz. Es la alegría que brota de la certeza de que por ese camino hacia el que Dios me llama voy a ser muy feliz. Es la seguridad de sentirse amado por Dios e invitado por Él, con verdadera insistencia, a hacer partícipes a los hermanos de ese amor que llena nuestras vidas. Esa convicción aparece como una luz muy intensa, que nos hace ver todo lo que rodea nuestra vida como regalo de Dios.

Un segundo signo de la llamada es el **deseo de servir**. Uno comprende, por una especial gracia de Dios, que sólo sirviendo es como el hombre alcanza toda la grandeza de su dignidad como hijo de Dios. “El que entre vosotros quiera ser grande que se haga el último de todos y el servidor de todos, lo mismo que el Hijo del hombre que no ha venido a ser servido sino a servir y dar su vida en rescate por todos.” Cuando uno va conociendo a Jesucristo siente un deseo grande de amarle, de seguirle y de identificarse con Él. Es verdad que este deseo de configuración con Jesús que brota del bautismo y que constituye la vocación a la santidad es propio de toda vocación cristiana. Pero, en el caso vuestro y porque Dios lo ha querido el deseo de configuración con Jesús adquiere unos rasgos especiales. Son los rasgos de Jesucristo, Buen Pastor. El Señor quiso rodearse de un grupo especial, formado por aquellos a los que Él fue llamando por su nombre, para que estuvieran muy cerca de Él, para instruirles, para darles poderes especiales contra las fuerzas del mal y para que llegado el momento y por la fuerza del Espíritu Santo fueran, el mundo, sacramento y signo de su presencia como maestro y pastor. La vocación sacerdotal es vocación de servicio y vocación de entrega a los hermanos hasta la cruz. Y sólo el que ha sentido en su interior, por una especial iluminación del Señor, un profundo deseo de servir a los hermanos, puede considerarse idóneo para el ministerio sacerdotal.

Otro signo, que aparece en vuestras cartas es la **conciencia de la propia debilidad**. Ese sentimiento de debilidad lo han tenido todos los que han sido llamados por Dios para una tarea especial. Uno descubre la gran distancia que existe entre la misión que Dios le confía y sus propias fuerzas. Por eso la llamada de Dios va siempre acompañada de su gracia y de sus dones. Es muy importante vivir siempre con el convencimiento de que es el Señor el que con su gracia nos sostiene. Es su fuerza y su Espíritu el que nos enriquece con sus dones y suple en nosotros, en muchos momentos, lo que nuestras posibilidades humanas son incapaces de alcanzar.

Hoy la Iglesia recibe con gozo vuestra decisión y os invita a seguir formando vuestro espíritu para que cada día con mayor intensidad vayáis adquiriendo las actitudes de Jesucristo, Buen Pastor.

Vivid arraigados en la fe, esperanza y caridad. Cuidad mucho el espíritu de oración, con el silencio interior y la escucha atenta de la Palabra de Dios. Vivid intensamente el misterio de la Eucaristía: que vuestra vida sea Eucarística: Vivir de la Eucaristía y convertir nuestra vida en vida eucarística significa hacerse uno con el Señor, participando en el misterio de la cruz, haciéndose con Él víctima para la redención del mundo, cargando con los pecados de los hombres para presentárselos al Padre y por la fuerza misteriosa del Espíritu Santo, destruir ese pecado y hacer del hombre pecador una criatura nueva capaz de alabar a Dios y servir a los hermanos.

Y tened una gran devoción a María. Ella es la imagen perfecta de la Iglesia que vive en la fe y en la docilidad a la Palabra de Dios, la maravilla incesante de un Dios que se encarna entre nosotros y nos redime y salva. María nos enseña a vivir la obediencia a Dios y a creer que lo que para los hombres es imposible, para Dios es posible. *"Dichosa tu que has creído porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá"* María es la prueba más clara de las maravillas que Dios es capaz de hacer en aquellos que confían en su Palabra.

Madre de los sacerdotes y madre de los seminaristas, muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre y haz que los que hoy van a ser admitidos al diaconado y al presbiterado perseveren en su vocación y lleguen un día a ser santos sacerdote, según el corazón de tu Hijo Jesucristo. Amén